

## **EXPEDICIÓN A LAS CUEVAS DE CUNDAY**

**Por: JULIA ARCINIEGAS DE GIRALDO**

*Artículo del Boletín de la  
Sociedad Geográfica de Colombia  
Número 2, Volumen XII  
Segundo Trimestres de 1954*

**E**sta expedición a uno de los lugares más interesantes y desconocidos del territorio colombiano, fue proyectada y organizada por el Padre Pedro José Ramírez Sendoya, Capellán del Ejército en Ibagué, autor de dos obras muy valiosas: "Diccionario Indio del Gran Tolima" y "Refranero del Gran Tolima". Hombre dinámico y de gran simpatía, hizo sus estudios en Europa y es animador de empresas e instituciones científicas y culturales.

Se debió esta iniciativa del Padre Ramírez a las muy interesantes informaciones que sobre las cuevas de Cunday le diera Luis Lozano, quien las descubrió en el año de 1946, habiéndolos recorrido desde entonces infinidad de veces, adquiriendo de ellas un conocimiento a fondo aunque sin base científica. Comprendiendo Lozano la gran importancia que estas cuevas pueden tener, tanto por su tamaño, pues se extienden por debajo de la cordillera en muchos kilómetros, como por su interés arqueológico, sus grandes riquezas y su belleza, y encontrándose ante varios interrogantes científicos, ha tratado en varias ocasiones de interesar a hombres inteligentes y de experiencia, tanto nacionales como extranjeros, algunos de los cuales han ido con él a las cuevas, pero sin lograr nunca el resultado deseado, es decir un estudio científico a fondo.

El proyecto del Padre Ramírez fue muy bien acogido por el gobierno departamental del Tolima, que patrocinó y subvencionó en gran parte la expedición. En la Sociedad Colombiana de Etnología despertó gran entusiasmo tanto el proyecto de expedición como las informaciones sobre las cuevas, y varios de los socios resolvimos tomar parte. Así, pues, el 14 de diciembre de 1953, salimos de Bogotá en el autoferro de las 6 y 40 a. m. hacia Girardot, donde debíamos reunirnos con el grueso

de la expedición, que venía de Ibagué. De Bogotá íbamos el doctor Cario Federici, Profesor de Lógica Matemática de la Universidad Nacional, y su hija Emilia, estudiante de Medicina; Manuel Vinent, joven pedagogo catalán, Secretario de la Sociedad Colombiana de Etnología; Silvio Yepes, arqueólogo, creador de la Etnobotánica entre nosotros, cuyo libro "Introducción a la Etnobotánica Colombiana" es el primer testimonio del aporte de la Sociedad Colombiana de Etnología a la cultura nacional; mi hijo Fernando, de nueve años, y yo.



Los exploradores llegan a la primera gruta, que bautizan con el nombre de "Gruta de las Ibaguereñas".

Mi entusiasmo no reconocía límites ante esta gran aventura. No sé cuántos anhelos latentes a todo lo largo de mi vida bullían ahora dentro de mí viendo el momento de realizarse. Nadie sospecharía que este 14 de diciembre era un día grande para mí, pues apenas ahora me cumplía la vida una cita retrasada cerca de veinte años.

En Girardot ya nos esperaban los de Ibagué, llevando a la cabeza al Padre Ramírez Sendoya con su amplia sonrisa y su gran entusiasmo, al cual debemos, como he dicho, esta exploración de tanteo a las cuevas de Cunday que dará origen seguramente a otras muchas exploraciones más técnicas y mejor calculadas; pero ninguna más idealista y arriesgada.

Me sorprendió la juventud de quienes integraban el grupo de Ibagué: muchachos y muchachas entre los diez y seis y los veinte años. Los hombres de ciencia, los técnicos eruditos, dónde estaban ¿Es que sólo la juventud tiene el suficiente entusiasmo y valor para correr los azares de una expedición a lugares peligrosos y desconocidos? ¿O es que, con los años, el confort se convierte en un lastre que retiene al hombre anclado a las pequeñas comodidades de la civilización? En todo caso fue una lástima que mayor número de hombres de ciencia no hubiera tomado parte en la expedición. Sin embargo la experiencia adquirida en ella, experiencia riquísima en muchos campos, será de una utilidad decisiva en la organización de una nueva expedición.

El Padre Ramírez había dividido a los exploradores en cuatro grupos, cada uno con su respectivo jefe y su guía. Se nos informó a qué grupo pertenecíamos y cada jefe procedió a equipar a los suyos de cuanto les faltaba: cantimplora, cuchillo, fósforos, velas, etc.

Desde el primer momento se destacaba dentro del grupo de Ibagué, la figura simpática y graciosa de Ángela Inés Guzmán, la reina de los estudiantes de Ibagué. Goza de su reinado con una alegría y una satisfacción casi infantiles y con una naturalidad y sencillez que raramente se encuentran. Su dignidad, su distinción, su simpatía, su espíritu de compañerismo y de investigación están envueltos en tal discreción y naturalidad que su presencia se desliza como el murmullo discreto y agradable de una fuente que aunque siempre esté presente jamás es excesivo. En Girardot almorzamos y a las 12 salimos en un bus para Cunday. Fueron tres horas de camino por una carretera mala pero transitable y con un magnífico chofer. Las canciones sólo se interrumpían para admirar el paisaje o celebrar un chiste. Pronto comenzamos todos a corear las graciosas canciones españolas de Manuel Vinent. Silvio Yepes, que tiene una magnífica voz, interrumpía con frecuencia sus canciones para darnos el nombre y algunas explicaciones de los árboles y plantas de la orilla del camino, sus características botánicas y sus propiedades. Se informaba sobre las que no conocía, y cogía muestras para su herbario. Desde el primer contacto con el grupo de Ibagué, y más tarde con los guías, Silvio Yepes atrajo sobre sí la curiosidad y el interés. Sus conocimientos de hipnotismo y de Etnobotánica, su vida más o menos errante y vagabunda, y su espíritu extraordinariamente inquieto lo han puesto en contacto con curanderos y vendedores de específicos, con indígenas y campesinos, dejándole un conocimiento práctico y casi único de nuestro pueblo, de nuestra geografía física y humana. Las curiosas experiencias de su vida, y su interés por el espíritu de todas las gentes que pasan por su lado, hacen su trato muy interesante y atractivo para todos, porque para cada edad, cada tipo, cada medio tiene sus armas apropiadas.

Pocos, hechos dignos de mención hubo en este trayecto del camino. Apenas, como dato curioso, que un gavián levantó el vuelo a poca distancia del bus, llevando en el pico una serpiente. Nos detuvimos unos momentos en el Carmen de Apicala, donde se venera una Virgen milagrosa. A mitad del camino entre esta población y Cunday, el profesor Federici anotó, al observar el corte de la carretera, que aquella formación había sido, sin duda, fondo de mar.



Al finalizar una dura jornada los exploradores toman un merecido descanso en una de las grutas.

A la entrada de Cunday hay un retén militar que exige el permiso o salvoconducto para entrar al pueblo, cosa que me llamó la atención. La presencia de la reina de Ibagué y el hecho de que la expedición fuera patrocinada por el Gobernador del Tolima y organizada y dirigida por el padre Ramírez Sendoya, Capellán del Ejército, nos abrió paso.

El telegrama que el padre había puesto desde el sábado anunciando nuestra llegada, sólo fue recibido por las autoridades de Cunday el lunes por la tarde, cuando ya habíamos llegado. Un ejemplo más que vino a confirmarnos que todavía está vigente en Colombia aquello de: "Cuando recibas éste ya estaré en tus brazos", pues parece que de Girardot mandan a Cunday los telegramas en bus; fuera de que es preciso tener en cuenta el week-end.

Nos esperaba Luis Lozano, jefe de los guías, que desde la víspera estaba en Cunday gestionando la consecución de bestias y de alojamiento. La cuestión de las bestias parecía bastante difícil. En cuanto al alojamiento estaba la casa cural, que el señor Párroco antes de irse aquella mañana, había dejado a la disposición del Padre Ramírez. Allí se alojarían éste, el Profesor Federici, Vinent y Yepes. Los muchachos y nosotras nos quedaríamos en la Escuela, que por orden del personero nos fue ofrecida. Es la mejor construcción del pueblo, aunque un poco triste. Allí dejamos los equipos y nos fuimos a una piscina natural muy agradable que han hecho poniéndole un tambore a la quebrada. Hacía poco habían terminado un gran kiosco de palmiche y querían inaugurarlo con nosotros, de manera que nos invitaron a un sancocho aquella tarde. El baño estuvo delicioso y un aguacero torrencial aumentó su encanto. Asistieron al sancocho las autoridades que nos habían invitado: el Alcalde, el Personero, y el Teniente Enrique Vargas, Comandante de la Brigada, a más de otras personalidades de la localidad.

El baño y el exquisito olor que despedían las ollas habían despertado en nosotros un apetito tremendo. Diez gallinas habían sido sacrificadas, de manera que aquel caldo era una gloria. Tendieron en el suelo del kiosco muchas hojas de plátano y allí comenzaron a servir raciones, pero resolvimos que era preferible sacrificar lo típico a la comodidad y se sirvió en platos.



La balsa, primitivo sistema de transporte fluvial aún en uso en muchas regiones colombianas.

La tranquilidad del sitio, la presencia de los músicos que acababan de llegar, y el delicioso sancocho alegraban la reunión. Los exploradores hicimos varios números en honor de los de Cunday y luego comenzamos a bailar. El ambiente era magnífico y los "breeches" y las botas alejaban hasta la sombra del formulismo. Cuando ya pensábamos retirarnos llegaron algunas muchachas de la sociedad del pueblo quienes por fin, a la tercera instancia de las autoridades y del Teniente, resolvieron asistir. Quizás cuando se convencieron de que éramos gentes de paz. Nos sorprendieron gratamente por lo bonitas y elegantes. Nos quedamos, pues, hasta cerca de las diez, hora en que el Padre Ramírez dio la señal de retirarnos. Me llamó la atención que nadie de allí conociera las cuevas que íbamos a explorar y que todos se aterraran del proyecto, no faltando ejemplos históricos para hacernos desistir de esta locura.

Nos dirigimos a la Escuela en busca de nuestro alojamiento. En el corredor de la casa encontramos una culebra; Lozano la mató con el tacón de la bota con gran desilusión de Silvio Yepes, en cuyo concepto habían estropeado el ejemplar. Se nos asignó un salón a las muchachas y otro a los hombres. Después de examinar el nuestro por todos los rincones a la luz de las linternas y seguras de que no había bichos, cerramos la puerta tapando la rendija de abajo con un lazo y trancando luego con una banca. El Teniente había ordenado que nos llevaran unas esteras de "chingalé" que nos hicieron menos duro el cemento del suelo, y así pasamos una noche relativamente buena.

El día quince nos levantamos con el alba y nos desayunamos opíparamente en una fonda del pueblo. Pronto se supo que no había bestias para ir a las cuevas y que si se conseguían algunas serían muy pocas, y bastante tarde. El Padre hizo una reunión general en la Casa Cural para darnos nuevas instrucciones y hacer numerosas recomendaciones encareciendo la prudencia y el compañerismo. Resolvió que emprendieran la marcha todos los del grupo de Ibagué llevándose una mula con la carga y cinco guías. El Padre y el grupo de Bogotá saldrían más tarde, pues debíamos hacer el estudio de unos jeroglíficos que hay en un lugar llamado "La Plazuela", distante media hora de Cunday en automóvil. Evangelista Rodríguez, gran conocedor de la cueva de Cunday y de todas las curiosidades de la región, se quedó con nosotros para guiarnos. Don Carlos J. Rodríguez se prestó muy amablemente a llevamos en su carro y a esperarnos en la carretera mientras subíamos al monte donde se encuentran los jeroglíficos. En la cima de este monte, que es relativamente plana, y a unos 680 metros sobre el nivel del mar, se ven grandes piedras diseminadas aquí y allá, en muchas de las cuales hay jeroglíficos grabados. La mayor parte son espirales, ya en sentido positivo, ya en sentido negativo, y orientados en diversas formas. Su diámetro varía entre doce y sesenta centímetros. Hay algunos raros e interesantes. Sacamos los

dibujos y demás datos del caso. Nos informó el guía que un poco más abajo, en el sitio llamado "Ñeque" (Guatín) se cree que hay un cementerio indígena. Cerca de la "Plazuela" visitamos un rancho típico de la región, compuesto de dos cuerpos a muy poca distancia el uno del otro, uno con muros de bahareque, y techo de palmiche destinado a dormitorio, y el otro, sin muros, destinado a cocina y comedor. Nos llamó mucho la atención el piso por ser de tierra, pero tan bien nivelado, y pulido que parecía asfaltado. Los utensilios de cocina así como los pocos muebles son todos rústicos, de madera o "totumo", sumamente originales y lógicos en su construcción. Yepes seguía estudiando todos los árboles y plantas a la luz de la Botánica: el "Pamache" con sus grandes macetas color café, el "Sembé" con sus finas hojas hacia abajo que semeja un árbol japonés, etc. El Padre estudiaba los nombres de éstos a la luz de la lingüística indígena.



Paisaje de vasta soledad.

Al regresar a Cunday nos dieron la mala noticia de que solamente se habían conseguido un caballo de silla y una mula de carga. Salimos, pues, de Cunday en dirección a las cuevas, a las once y treinta a.m. a pié, bajo un sol ardiente que nos caía a plomo. Nos pusimos "Matarratón" dentro del sombrero para evitar una insolación. Nos turnábamos el caballo. Fernando echaba sus "palomitas" en ancas de la muía de carga. Fue tal vez la jornada más dura: cerca de siete horas de marcha, en ocasiones por entre lodazales, a veces por pastales de tres metros de altura, por donde el camino

era apenas una línea. En estos malos caminos es donde se aprecia la ventaja enorme de llevar un calzado apropiado. Mis botas altas de cuero impermeable, de fuerte suela, me aislaban por completo de todas las asperezas del camino, del barro, los pantanos y peligro de las serpientes. Quizás sea un lugar común, pero creo que entre nosotros nunca se insistirá bastante sobre el hecho de que un buen equipo decide, en gran parte, del éxito de una expedición.

Conocí entonces el Comején, un animalito semejante a las hormigas, que va formando con sus excrementos, una especie de estalagmita hasta de 80 centímetros de altura. El podre hizo cortar un montículo de aquellos para que nos diéramos cuenta de su formación y viéramos los animales. Nos explicó que su padre usaba aquello, disuelto en agua, como purga para el ganado y excelente remedio contra los cólicos del ganado vacuno y caballar.

Esta inmensa región es casi deshabitada; hay muy poco ganado y ningún cultivo. Durante todo aquel día de camino sólo encontramos dos casas. Una de teja que se veía como a tres cuadras del camino, sobre la loma, y un ranchito a la orilla del camino, al que no pudimos entrar porque, como todos los de la región, está rodeado de una tupida cerca de alambre de púas, débil defensa contra la "chusma" que hasta hace poco tiempo asolaba la región. Por encima de la cerca nos alcanzaron tres plátanos habanos que era cuanto tenían. Esto, y dos tarritos de salchichas que llevaba Fernando, constituyó nuestro almuerzo de aquel día, pues los comestibles iban adelante con la carga que llevaban los que habían salido por la mañana.

A la caída de la tarde llegamos a la casita que queda como a 20 minutos de la entrada de las cuevas. Allí nos dieron agua de panela cruda con limón, café, aguardiente, mazorcas de cacao y yuca asada. Mientras descansábamos un rato nos contaron que las muchachas que habían pasado adelante iban extenuadas de fatiga; algunas se habían desmayado y habían dormido allí varias horas. Estaban al borde de una insolación. No me extrañó, pues la jornada era violenta. El Padre y el profesor Federici, que estaban visiblemente fatigados, montaron el uno en el caballo que llevábamos y el otro en la mula que habían devuelto los de adelante; Fernando montó en ancas de la mula de carga, y Vinent, Yepes y yo nos adelantamos a pié. Esperábamos reunimos todos a la entrada de las cuevas. Esta última parte del camino es extraña: inmensas lajas de piedra, cóncavas, que suenan huecos bajo los pasos, bastante lisos y resbalosos. Supusimos que era el techo de las cuevas. Luego continuamos por una ladera a la orilla de una quebrada, y comenzamos a deslizarnos por bejucos, a saltar y trepar exactamente como el "hombre mono". No me di cuenta justa de cuando entramos a la cueva pues la entrada era apenas otro de tantos accidentes del

camino: una rendija entre dos piedras. Luego la oscuridad, un descenso de unos dos metros casi a pico, por unas piedras húmedas, verdes y resbalosas. Sólo dos metros debíamos bajar, haciendo luego pie en un saliente para volver sobre la derecha. Había peligro de muerte en resbalar pues el precipicio seguía y al fondo se oía el ruido de la quebrada. Dentro hacía frío y el sudor nos pegaba la ropa al cuerpo. Avanzamos un poco más por sobre lajas ligeramente inclinadas. Sólo entonces tuve tiempo de pensar que había entrado a la cueva, que el terreno era horriblemente difícil y que había dejado atrás a mi hijo. Una angustia horrible se apoderó de mí y resolví no dar un paso más adelante. Habíamos alcanzado ya a los que habían salido por la mañana. Pero me detuve y dejé que se alejara la fila de linternas y de sombras que por el movimiento de las luces danzaban y crecían sobre las rocas próximas. También se alejó el eco de las voces: Cuidado ¡Por aquí, deme la mano! Esta piedra está floja, puede rodar, cuidado los que vienen atrás!...

Silvio Yepes se quedó conmigo. Nunca se lo agradeceré bastante. Nos sentamos y apagamos las linternas porque era de vital importancia economizar las pilas. La obscuridad era la más total y absoluta. Pasaba el tiempo y la situación era desagradable; mil fantasías y preocupaciones comenzaban a hacer violentas descargas sobre los nervios en tensión. ¿Volverían los guías? Sí; la carga estaba a la entrada de la cueva y no podían abandonarla allí. Entrarían Federici, el Padre y Fernando por la misma parte ¿Quién sabe? Era posible que hubiera otra entrada para los que llegaban a caballo. Pero en el caso de que entraran por la misma parte: ¿Podría Fernando pasar por aquel horrible lugar sin mi ayuda? No iba a flaquear su ánimo al verse sin su mamá y después de aquella jornada extenuante? Un paso en falso era la muerte o por lo menos la causa de un accidente gravísimo. Yo guardaba silencio y rezaba con más fervor que en toda mi vida. Silvio estaba inquieto al preguntarme: ¿Y usted qué tal es para los nervios? Se propuso distraerme. Nos pusimos a reconocer el lugar donde estábamos: en los huecos de las rocas había arena mojada, lisa y a nivel; luego el agua había pasado por allí no hacía muchos días, lo que venía a probar que la quebrada podía crecer de un momento a otro e invadir la cueva. Faltaba averiguar hasta que nivel había subido. Buscamos las huellas a la luz de las linternas. Ensayamos devolvernos pero a poco nos detuvimos por no estar seguros del camino. En estas cavernas el guía es indispensable pues las muchas ramificaciones y lo tortuoso de las rutas hacen poco menos que imposible el orientarse. Por fin vimos el resplandor lejano de una linterna. Largo rato después llegaron el Padre, el Profesor Federici y Fernando que venía andando por sus propios pies. Desde el fondo del alma le di gracias a Dios y desde aquel momento todas las penalidades de la expedición me parecieron absolutamente insignificantes.



El boga forma parte integral del paisaje del río Magdalena.

Tras un momento de descanso para los que acababan de llegar seguimos adelante por los vericuetos más difíciles que se pueda imaginar. Cerca de las nueve de la noche llegamos a la primera gruta donde los muchachos habían acampado hacía rato. Multitud de estalagmitas blancas colgaban del techo y las estalagmitas dividían aquel inmenso espacio en varios compartimientos. Filas de columnas y de arcos se multiplicaban en las sombras por la luz que proyectaban las velas dando a este lugar un aspecto fantástico. Vírgenes góticas y deidades asiáticas surgían de todas partes, mientras que el ir y venir de velas y linternas les daban movimiento.

Los guías tuvieron que hacer varios viajes para traer las provisiones. Luego llegó la tan deseada hora de la comida. Abrimos uno de los bultos y casi no me repongo del desconcierto que sentí al ir sacando grandes cantidades de arroz en crudo, manteca, sal, chocolate, café... Nada de aquello era utilizable puesto que no había leña ni combustible alguno ni es recomendable prender fuego dentro de las cuevas. Luego fueron apareciendo fríjoles en lata, sardinas, saltinas, mermelada y bocadillos. Esto era lo utilizable. Todos los cinco bultos tenían un contenido igual. Mientras servíamos la comida hice las cuentas: cada bulto alcanzaba para una comida consistente en fríjoles, sardinas, saltinas, y bocadillo, y para un desayuno consistente en una pastilla de chocolate, saltinas, mermelada y un poco de leche. Debíamos tomar al menos el desayuno y un par de aquellas

comidas al día; luego las provisiones utilizables dentro de las cuevas no alcanzaban más que para dos días o dos días y medio. Hablé de esto con el Padre y con el señor Lozano diciéndoles que era necesario modificar el itinerario de acuerdo con las provisiones. Además conceptuaba el profesor Federici que una estancia de tres o cuatro días dentro de las cuevas era, psicológicamente, una prueba demasiado dura para las muchachas aunque, no se puede negar, que dieron muestras de un valor físico y moral verdaderamente sorprendentes.

El piso muy irregular, cubierto de grandes piedras desvolcanadas, y de lajas en pedazos que hacían imposible encontrar medio metro cuadrado plano donde poder acostarse. Durante un cuarto de hora estuve buscando sin éxito un lugar donde pasar la noche. Mi hijo estaba rendido. Tendí la ruana sobre una parte más o menos horizontal de una piedra, lo acosté vestido y lo arropé. Yo me tendí sobre la pendiente de la piedra trancándolo con mi hombro y apoyándome con el pié en una especie de estribo que formaba abajo una piedra saliente. Perder aquel estribo significaba rodar, aunque sin peligro, tres o cuatro metros. Muchas veces en la noche tuve que levantarme a subir de nuevo a Fernando, que sin despertarse había rodado.

A las 5 a. m. de aquella noche que no terminaba jamás, nos levantamos y fuimos por una gruta hacia la izquierda a buscar agua para lavarnos. Por toda parte el terreno daba señales de un gran terremoto. Enormes piedras desprendidas, volcadas unas sobre otras en terrible desorden. Al fondo de la gruta, que mide por lo menos 50 metros de ancho por cerca de ochenta de fondo, se oía pasar la quebrada a gran profundidad. De una estalactita caían varios chorros de agua. Me quedé de última para bañarme en aquella rústica ducha; creo que ha sido el baño más original de mi vida.

Subimos a desayunamos. La noche, mala o buena, nos había restaurado por completo. Hasta cerca de las nueve estuvimos esperando a los guías que se habían ido a reconocer el terreno, ya que era preciso modificar el itinerario. Un derrumbe reciente nos obligaba también a variar de ruta. A las nueve emprendimos la marcha. Hora y media después llegamos a una gruta estrecha pero de techo muy elevado, donde cantaba la quebrada en varios graciosos saltos despidiendo chispas de diamante cuando la enfocábamos con las linternas. Había allí un pozo delicioso. Nos pusimos los vestidos de baño y cerca de una hora estuvimos chapoteando y haciendo una algazara como de cien loros juntos. El pozo no era lo suficientemente profundo ni grande como para nadar pero sí para darnos un baño exquisito del que bien necesitados estábamos. La temperatura del agua es fría pero agradable y es deliciosa al paladar. La temperatura en las cuevas es ideal, ni fría ni caliente, unos 18° o 20°. No se siente la menor opresión y la ausencia casi total de bichos y de vegetación

contribuye a dar una sensación de gran seguridad. Hay bastantes murciélagos pero no hacen ningún daño. Silvio Yepes cogió en un frasco un pequeño alacrán y algunos grillos para su colección.

Después de aquel baño inolvidable subimos a una gruta de segundo piso, como a 15 metros de altura sobre la anterior. Esta nueva gruta fue bautizada con el nombre de "Gruta de los Guías". Es sumamente grande, su techo elevado cubre al mismo tiempo a ésta y a la del baño. Hay cuevas a distintos niveles, en ocasiones unas sobre otras, y asegura el señor Lozano que existen diez pisos de galerías. El piso de ésta, de una sola laja, de fortísima pendiente, termina en un corte a pico para caer a la del baño 15 metros más abajo. Las muchachas que se quedaron sobre esta laja se deslizaron 3 metros mientras dormían. Tan pronto como llegamos a aquella gruta yo me apresuré a buscar un lugar horizontal donde acostarme pues debíamos dormir aquella tarde allí para emprender la marcha pasada la media noche y salir de las cuevas a la madrugada del día siguiente. Me apropié del único metro cuadrado plano que había. Aquella noche rezamos la Novena de Aguinaldos pues era 16 de diciembre, y cantamos algunos villancicos. Era un espectáculo digno de La Divina Comedia. Luego jugamos cuantos juegos de salón conocíamos. A eso de las nueve p. m. regresaron los muchachos que se habían ido con algunos de los guías a explorar la cueva de Las Perlas, comprobando que no era una fantasía de Lozano. Traían gran cantidad de trozos de roca, al parecer calcárea, con profusión de perlas incrustadas. También traían muchas perlas sueltas de tamaño muy variable, desde pequeñitas hasta algunas de 8 milímetros o un centímetro de diámetro, completamente esféricas, regulares y muy pesadas, pero en general careciendo de esa semitransparencia y brillo que hacen la belleza de las perlas del Oriente. Las había grises y blancas y, aunque no habían podido traer muestras, habían visto las rosadas y las rojas, estas últimas de gran tamaño. La gruta es muy baja, apenas de cuarenta centímetros de altura, de manera que hay que entrar arrastrándose y empujando con los codos. La superficie presenta el aspecto de una gigantesca mazorca, a causa de las conchas adheridas allí y fosilizadas. Es necesario arrancarlas a cincel y martillo, pero el poco espacio de que se dispone hace la tarea muy penosa. Todos venían llenos de barro y con las camisas destrozadas. Uno de los muchachos traía una concha entera; medía quince centímetros de largo, por diez de ancho y cinco centímetros de espesor. Las perlas, de diversos tamaños, estaban dispuestas en numerosas capas presentando el aspecto de un panal. Largo rato estuvimos examinándoles, haciendo conjeturas acerca de su origen y oyendo el relato de las peripecias.



La araña "polla", peligroso ejemplar de la fauna de la región de Cunday.

Más tarde se nos informó que Evangelista había venido a buscar a los demás guías y se había ido con ellos a traer a Lozano que había sufrido un accidente. Mucho tiempo tardaron en regresar y mientras tanto mil conjeturas nos torturaban. Corrían diversas versiones: unos sugerían que quizás los guías se habían disgustado por alguna ofensa involuntaria de nuestra parte y se habían marchado dejándonos allí a merced de nuestra suerte. Otros decían que Lozano podía estar tan mal herido que le sería imposible seguir dirigiendo la expedición o que tal vez podría estar muerto, y entonces estábamos poco menos que perdidos. Por fin llegaron; Lozano tenía varias heridas en la cara y su estado general era bastante malo. Inés Martínez le hizo las curaciones del caso, se le dio Coramina, brandy y se mantuvo en completo reposo.

Como se había cambiado el itinerario y ya no recorreríamos algunas de las grutas más interesantes, Lozano había querido ir por su cuenta a traer una ánfora de piedra de las que él asegura haber visto muchas allí, y un poco de resina combustible para hacer chocolate. La resina se encuentra en una gruta donde hay gases; aquella se inflamó, no me explico por qué razón y el gas hizo explosión aspirándolo Lozano quien perdió el conocimiento; y gritando: "me maté", cayó de cabeza rodando por un precipicio más de seis metros. Afortunadamente Evangelista estaba con él, a alguna distancia, y vio cuanto sucedía, yendo inmediatamente a traer a los compañeros para sacarlo. Evangelista no estaba bien tampoco: tenía fuertes dolores de estómago a causa seguramente de los gases.

A las dos y media de la mañana Lozano se puso en pié y nos aseguró que ya estaba en condiciones de emprender de nuevo la marcha. Nos desayunamos, llenamos las cantimploras y nos formamos en orden por grupos, como de costumbre, esperando la señal de partida. Fue una de las jornadas más difíciles; durante largo rato avanzamos a rastras debido a lo bajo del techo. Luego comenzamos a ascender por el cauce de una quebrada medio seca, formado por gigantescas piedras desvolcanadas, en horrible desorden, muchas de las cuales eran movedizas. Las distancias o alturas de los escalones eran tan grandes que apenas podíamos con grandes dificultades y con ayuda de los de arriba, poner la rodilla encima. Hubo que hacer numerosos descansos a causa de la fatiga. El espectáculo no podía ser más fantástico: aquellas enormes piedras tumbadas en una pendiente por lo menos del setenta por ciento, y nosotros como pigmeos trepando en interminable fila, cada uno con su vela en la mano cuya luz proyectaba sombras deformes que danzaban. En cierto lugar había que pasar por entre un hueco, era preciso quitarse el morral y entregarlo al que iba arriba y luego subir haciendo una suspensión. El Padre Ramírez cupo por milagro de Dios pero cuando le tocó el turno al Profesor Federici el milagro no se repitió y tuvo que, haciendo una peligrosa maroma, pasar por fuera. Su heroica acción le costó la rasgada de los pantalones de parte a parte. Toda esta galería fue bautizada con el nombre de "Gruta de los Payasos" en parte por las maromas a que nos había obligado y en parte en honor de Federici y de Silvio Yepes que fueren los payasos de la expedición.

Acabando aquel tremendo paso llegamos a una gruta bastante regular y bonita, como de unos cincuenta metros de diámetro, a la que se le dio el nombre de "Gruta de los Italianos" en honor del Profesor Federici y de su hija Emilia que habían conquistado grandes simpatías. Más adelante encontramos otra pequeñita pero de bellas proporciones que por fin nos dedicaron a Inés Martínez y a mí con el nombre de "Gruta de los Chibchas". Y finalmente llegamos a una bellísima que tenía por lo menos una cuadra de ancho por dos o más de largo y unos treinta metros de altura. El piso es de suave pendiente, de arena fina. El techo, ligeramente curvo, de una sola laja. Allí se nos prohibió encender las linternas pues por algún extraño fenómeno se funden las pilas. También tuvimos que dar una vuelta para esquivar los gases. La salida estaba próxima; con el claro oscuro del amanecer los árboles y el cielo semejaban árboles cubiertos de nieve iluminados por la luz azulosa de la lima. No sin nostalgia dejamos aquellas cuevas que nos habían alojado generosamente amparándonos contra la intemperie y los bichos y a las que, después de diez kilómetros de recorrido, ya nos habíamos acostumbrado, encariñándonos realmente con ellas. Sin embargo no dejamos de sentir placer al hundir de nuevo los pies en la suave alfombra de las hojas secas, al sentir el olor de la naturaleza y la caricia de la brisa en la piel. Pero ya había que

preocuparse de nuevo por las culebras, los mosquitos, el sol, la lluvia, etc. A poco de subir por entre el monte llegamos a la cima y entonces el espectáculo fue maravilloso: abajo en el fondo del valle la niebla semejaba un río y en la quietud del amanecer parecía dormida aún blandamente sobre sus aguas dejando apenas al descubierto la maleza que coronaba sus islas. Todo era quietud y silencio. La primera preocupación de las muchachas al salir a la luz fue echarse colorete en los labios; decían que los dos días de tinieblas nos había empalidecido mucho. Echamos a andar tras de los guías en busca de agua para llenar las cantimploras y lavarnos un poco. Estábamos horriblemente sucios; Manuel Vinent y Fernando Caycedo se apresuraron a sacar fotografías como documental de aquel momento.

Tras de subir varios montes llegamos a eso de las ocho de la mañana, a un ranchito de un compadre de Luis Lozano. Allí el Padre Ramírez se dispuso a celebrar una misa campal en acción de gracias por haber salido con vida de las cuevas. Sobre una banca pusimos un cajón y lo cubrimos con la ruana del profesor Federici (para exorcizarla, le decíamos), luego pusimos el mantelito de lino que llevaba el Padre. Hicimos un ramo de flores que colgamos de un árbol que había detrás del altar. Dos muchachos sostenían las velas a uno y otro lado; mi hijo ayudaba a pasar el libro y las vinajeras, e Inés Martínez contestaba. Fue algo realmente hermoso y emocionante.

Después del desayuno descansamos largo rato y luego nos fuimos a bañar con totuma en una quebrada que pasa abajo de la casa. Cuando subíamos de regreso encontramos una araña polla y corrimos a llamar a Yepes para que la cogiera viva para su colección. Parecía de terciopelo negro.

Allí nos hicieron sancocho con gallina. Una verdadera gloria. Y a las doce p.m. emprendimos la marcha. El sol caía a plomo sobre nosotros. Durante el reposo de aquella mañana trabé amistad con Inés Martínez, bacterióloga, muchacha inteligente y de gran corazón. Curaba a los heridos, estaba pronta a servir a todo el mundo y llenaba discretamente la conversación con su gracia amable y su sencillez. Yo no podía ocuparme de los demás, entregadas casi por completo al hijo para quien en realidad aquella excursión era excesiva. Afortunadamente se portó como todo un hombre, no siendo carga para nadie. Debíamos subir hasta la cresta de la cordillera y luego seguir por toda la cuchilla hasta el sitio denominado "Los Castillos". Es la cordillera que limita el valle del Magdalena por su margen derecha, y su altura oscila entre cuatrocientos y quinientos metros sobre el nivel del valle. Al coronar la altura la vista es soberbia: todo el valle del Magdalena se extiende abajo con amplitud casi infinita; el Magdalena va describiendo lentas y complicadas curvas, el Saldaña vierte en él sus aguas por dos grandes brazos de elegante forma que forman en medio un

círculo casi perfecto. Un poco más arriba, por la margen derecha, está Chamba, célebre por su cerámica. Infinidad de pueblos apenas sí se distinguen en el valle, y a una enorme distancia, sobre la cordillera de enfrente, se pueden señalar uno a uno los nevados.

Anduvimos hasta las seis de la tarde y acampamos frente a "Los Castillos", junto a una gran piedra que salía en cantiliver coronando una colina con una vista estupenda hacia las montañas y valles que quedan al lado opuesto del Magdalena. La bautizamos con el nombre de "El Refugio".

No había tenido oportunidad de darme cuenta cabal de la personalidad de Vinent; á más de su despierta inteligencia y de su cultura, posee otras dos cualidades quizás de mayor valor: una aguda penetración psicológica y una bondad de corazón realmente conmovedora.

Lozano se había ido a ver si conseguía alojamiento, bestias y gallinas donde Bartolomé Fandiño. Es amigo de toda la gente de la región, y muy querido y apreciado de todos. Conoce el terreno palmo a palmo e inspira una confianza y seguridad ilimitadas. Pero la situación era un poco difícil; por ser tantos nos tomaban desde lejos por la "chusma" y la gente huía despavorida hacia los montes tan pronto nos divisaba, dejando sus casas abandonadas. Bartolomé huyó también y sólo al día siguiente pudo Lozano hablar con él.

Durante la jomada de aquel día y las de los dos siguientes tuve oportunidad de tratar más de cerca a Lozano. Es una de las personalidades más extrañas y atrayentes con quienes puede uno tropezar. Su misma figura física es muy interesante: alto, cenceño, moreno, de tipo más bien gitano, sus botas altas, su gran sombrero de fieltro alón, su toalla al hombro, su voz suave que jamás se altera, un gran dominio y una seguridad absoluta en sí mismo. Es un enamorado, un verdadero místico de las cavernas y de todos los fenómenos de la naturaleza; apasionadamente goza de la dicha de haberse encontrado a sí mismo, de haber hallado su vocación y de haberse dedicado a ella. Las cavernas lo atraen y es infatigable para recorrerlas. Ha descubierto que toda aquella cordillera es hueca y que por debajo de la tierra puede ir mucho más rápidamente de un punto a otro cualquiera de la región. Ha adquirido un don especial para orientarse dentro de las cuevas y jamás retrocede por perdido que esté. Sus hombres le siguen ciegamente. Me explicaba además, y no sé cuanta sinceridad haya en sus palabras, que por una especie de desdoblamiento o de alucinación le es dado conocer, antes de explorarlos, lugares desconocidos de las cavernas, comprobando más tarde, al recorrerlos, la exactitud de su visión. Aquella tarde me mostró a alguna distancia, pero formando parte de la misma cordillera, un gran monte de forma cúbica, que tiene

en el centro un hueco enorme de sesenta metros de diámetro; se llama "El Encanto" y tiene diez y seis pisos de habitaciones con ventanas hacia el exterior y el interior. Un sendero en espiral descende por las paredes del hueco hasta el fondo, donde crecen grandes árboles. Solamente el estudio detenido de "El Encanto" merecería la organización de una expedición técnica.

Aquella tarde, después de haber acampado, y antes de oscurecer, fuimos a ver los grandes lienzos que forman las piedras exteriores del sitio llamado "Los Castillos", peñón que consta de tres pisos de cuevas con ventanas o huecos hacia afuera. En aquella gran piedra exterior hay interesantísimos jeroglíficos: estilizaciones geométricas de figuras humanas, y lo que es maravilloso, la planta en croquis, de las cuevas de aquel monte. Lozano y Evangelista Rodríguez las han recorrido palmo a palmo constatando su exactitud. Con la poca luz que aún quedaba del sol y luego con la ayuda de velas y linternas reproduce la mayor cantidad posible de dibujos.

Aquella tarde resolvimos que era más agradable dormir donde habíamos acampado que ir a incomodar con un número tan crecido de huéspedes a los campesinos. Los guías limpiaron y quemaron un poco en torno a la piedra. Luego prendieron un buen fuego y nos hicieron chocolate y café. Después de comida los muchachos cortaron paja para que pusiéramos a manera de colchón. Tendí mi ruana bajo la piedra y acosté a Fernando que, como de costumbre, quedó dormido tan pronto como puso la cabeza en tierra. Rezamos la Novena y luego nos quedamos cantando largo rato. Había una luna prodigiosa como siempre en el Tolima. Por fin nos acostamos. Indudablemente era la noche más hermosa de mi vida; dormir bajo las estrellas, al abrigo de una piedra, era un sueño que siempre consideré inalcanzable. Pocas quisieron hacerme compañía bajo la piedra; casi todas prefirieron dormir directamente bajo las estrellas, sobre la hierba. Los muchachos fueron a dormir sobre la piedra a unos cinco metros de altura. A media noche se desgajó un aguacero de "Padre y Señor mío" y todo el mundo fue a refugiarse bajo la piedra. Para todos hubo campo. Los muchachos se desgajaban desde arriba como cocos. Fue algo muy divertido.

Madrugamos el 18 a continuar la marcha. Como a las ocho y media pasamos por donde Bartolomé Fandiño, campesino muy distinguido y amable, a quien divertía mucho el recordar que nos había tomado por la "chusma", nos vendió dos gallinas, panelas y limones y nos prestó dos mulas de silla y una de carga, acompañándonos él, personalmente, todo aquel día. En una de las mulas montó el Padre y en la otra Rosita Guzmán que desde el primer día tenía los pies destrozados pero cuya voluntad indomable fue un ejemplo para todos. Al llegar a una ladera la mula de la carga rodó

dando dos botes con carga y todo, yendo a parar una cuadra abajo, buena y sana. Hicimos alto en la quebrada de Las Moyas donde nos bañamos y aprovechamos para lavar la ropa. Los guías nos hicieron un gran sancocho y reposamos hasta las cuatro de la tarde.

Vinent, Inés y yo fuimos con Lozano a ver, aunque de lejos, un cementerio indígena. Su aspecto es imponente. Sobre el flanco de la montaña y como a mitad de la altura, se observa un inmenso semicírculo de grandes escalinatas de piedra medio cubiertas por la maleza, que rematan en sus extremos en dos grandes cubos de piedras. Se asemeja mucho a un teatro griego y es sin duda obra del hombre. Es algo completamente inexplorado que daría a la arqueología ¡quién sabe cuántos tesoros y cuántas luces!

Después de dos horas más de marcha, que hice en parte en agradable y utilísima charla con Lozano, llegamos a las Petacas, final de la jomada de aquel día. Es un lugar situado sobre la misma cordillera de la margen derecha del Magdalena y poco más o menos equidistante de las poblaciones de Monserrate y Suárez. Allí nos despedimos de Bartolomé Fandiño y fuimos a ver el lugar y el espectáculo más bellos del mundo. La cuchilla de la cordillera, de roca viva, está allí cortada a pico sobre el valle, y en una extensión de cincuenta metros avanza un cantilíver sobre el abismo a una altura de cuatrocientos setenta metros sobre el nivel del valle. Dos gigantescas piedras piramidales rematan sus extremos. Es algo tan imponente y grandioso que conturba. Abajo el mismo valle inmenso, el mismo río Magdalena, y el mismo Saldaña que por mucho que caminábamos siempre lo teníamos delante. Desde allí contemplamos todo el atardecer. Cuando oscureció bajamos a comer. La piedra que nos albergaba aquella noche era suntuosa; tenía un cantilíver por lo menos de seis metros y espacio suficiente para todos. La bautizamos con el nombre de El Portal pues con las luces de las velas y todos nosotros dentro tenía desde lejos la apariencia de un gran Pesebre. Allí rezamos la Novena y luego arreglamos las camas. Arriba, en una especie de tarima las señoras, un metro más abajo los hombres. Antes de acostarnos subimos de nuevo al mirador. Queríamos repetir el espectáculo a la luz de la luna. El silencio y la paz eran tan grandes que casi producían malestar. La luna, al filtrarse por entre los huecos de las nubes pintaba de grandes manchas blancas el valle. Brillaban a lo lejos las luces de los pueblos: Purificación, el Espinal, El Guamo, y se reflejaban en el río las de los puertos.

Al día siguiente, 19, seguimos avanzando siempre hacia el Sur por la cuchilla de la cordillera hasta cerca del Boquerón del Indio por donde bajamos al valle y continuamos en dirección a Monserrate. La noche anterior los habitantes del valle habían visto las luces de nuestras linternas sobre las

peñas y cundió por allí la alarma que luego se agudizó por la mañana al ver aparecer la larga fila india que formábamos. Indudablemente “los chusmeros” se acercaban, y algunos vecinos se apresuraron a dar aviso a la guarnición de Monserrate para que se preparara. Afortunadamente allí estaban informados de quiénes éramos y disiparon sus temores.

Ya en el valle se ve la vida por todas partes: numerosas casas, plantíos y ganados. En la casa de don Julio Guarnizo hicimos alto. Allí encontramos cuajada fresca, panela y cocos. La familia de don Julio es especialmente hermosa. Su señora amable y simpática, y su hija Julieta de tan exquisita belleza que atrajo sobre sí la admiración de todos.

Como a las dos de la tarde llegamos a la carretera en construcción que pronto unirá a Purificación con Monserrate. Allí encontramos por primera vez guarapo que hizo las delicias de Federici, Vinent y yo. Un camión del ejército nos llevó hasta Purificación. Pasamos el río en barcaza y fuimos al hotel que aunque bueno nos hizo echar de menos nuestras quedadas al aire libre.

El Padre contrató la construcción de dos buenas balsas y los servicios de cuatro bogas. El profesor Federici compró un gran sombrero alón de paja, mochila, alpargatas, y con el pantalón remangado era una estampa dignamente enmarcada por el paisaje del Magdalena.

Madrugamos a embarcarnos y tuve la contrariedad de saber sólo entonces que Lozano y los demás guías no nos acompañarían en el viaje por el río y que no me podría despedir de ellos. Ocho horas duró la bajada por el río. Entre consumidas y canciones hicimos el trayecto. En Suárez atracamos y fuimos al mercado, donde nos desayunamos con tamales y masato. A pesar del sol fue un día de verdadero descanso. La lenta y suave navegación en balsa y la belleza constante del paisaje dejan un recuerdo imborrable.

A Girardot llegamos con el tiempo justo para cambiarnos de ropa, despedirnos rápidamente de los amables compañeros de Ibagué y coger el auto ferro para Bogotá a donde llegamos sanos y salvos y con el alma llena de visiones magníficas, de grandes experiencias y de nuevos proyectos. Habíamos constatado la existencia de las cuevas, su enorme extensión que sobrepasa a las de cuantas se conocen hoy en el mundo, la existencia en ellas de fuentes y quebradas de aguas magníficas, su temperatura agradable, la existencia de perlas fósiles cuyo origen está por averiguar, la existencia de galerías a distintas alturas, y en fin, hasta donde el tiempo nos lo permitió pudimos comprobar la veracidad de los informes de Luis Lozano hecho que en cierta forma

nos obliga a aceptar con menos reservas la veracidad del resto de sus informaciones, que por falta de tiempo y de una mayor preparación no pudimos comprobar. Dentro de estas últimas informaciones están las más interesantes para la arqueología, como son las ánforas encontradas allí, los dibujos y leyendas en latín grabadas en las piedras —lo que hace presumir la existencia de una misión—, y las especies de muñecas formadas por pequeñas esferas negras pegadas con argamasa o calicanto.

También dentro de la parte del itinerario que desgraciadamente no pudo cumplirse quedó la visita al lago subterráneo, cuyo nivel queda por debajo del río Magdalena, y en el que parece existe una interesante fauna ciega: peces, grandes crustáceos y caimanes pequeños.

Fuera de pasar dos días y dos noches dentro de las cuevas, recorrimos buena parte de la región, nos dimos cuenta de las características del clima y sus necesidades, nos pusimos en contacto con los guías; en una palabra, cumplimos a cabalidad el objetivo de una exploración de tanteo. Ahora sabemos de tres o cuatro sitios de apasionante interés para la arqueología colombiana y comprendemos la enorme importancia que para la ciencia tiene la organización de una nueva expedición integrada por personal técnico que muestre al país este capítulo desconocido de la geografía subterránea de Colombia.

